

Se dice que María manda en el cielo; pero debemos saber que en el cielo no hay otro poder que el de Dios, fuente ó principio de todo bien y de toda gracia, y el de Jesucristo Dios y hombre, á quien su padre le ha comunicado. El oficio de María es rogar é interceder por nosotros; pero no mandar. *Ruega por nosotros*, la dice la Iglesia, y esto es lo que debemos entender.

Se dice tambien que no podemos esperar ni bien ni gracia, sino por el canal de María. Esta espresion puede ser justa, si entendemos por ella que esta Virgen sin mancha es el canal que nos ha dado Jesucristo, único dispensador de todos los dones y bendiciones celestiales. Seria grave error entender que Dios y su divino Hijo no pueden acordarnos gracias sin la intervencion de María. Nosotros no reconocemos, dice el apóstol, mas que un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo. No podemos esperar gracia alguna sin la mediacion de este divino Salvador, pues, segun el mismo San Pablo, es el único que ha podido reconciliarnos con Dios, y el único que por su propio mérito puede obtenernos las gracias que necesitamos. Se puede dar á la Virgen el título de mediadora por analogía, y por la fuerza que sus ruegos tienen con su hijo, y por ser ella madre dulcísima de todo el género humano.

Aunque la devocion á María sea tan justa como útil, es menester no obstante que esté siempre viva en nosotros la que ha de ser la primera y la mas esencial

de un Cristiano, que es la que debe profesar á Jesucristo. Sus méritos son la única confianza de los hombres, ellos son los que nos consiguen el perdón de nuestros pecados, los que nos sostienen entre los escollos y peligros de esta vida, y los que por fin nos conducen al cielo. La misma Iglesia nos enseña tambien á llamar á María nuestra esperanza, y con este título la saludamos, considerando su mucha caridad, y la eficacia de su intercesion.

El Cristiano miéntras vive, dice San Pablo, debe trabajar en su salvacion con temor y temblor. La conversion y la gracia final son dones gratuitos de Dios, y nadie ni nada puede dar la seguridad de obtenerlos. Acordémonos siempre de que el mismo Jesucristo nos ha dicho: Si pidiereis alguna cosa en mi nombre yo os la concederé, y observemos que no dice en nombre de otro, sino en mi nombre. No olvidemos tampoco lo que nos dice el grande apóstol: Teniendo por pontífice á Jesus, hijo de Dios, que ha subido al cielo, mantengámonos firmes en la fe que profesamos; porque el pontífice que tenemos no es tal, que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades, habiéndolas experimentado como nosotros, solo que no pudo pecar. Presentémonos pues con confianza delante del trono de su gracia, á fin de recibir allí misericordia, y ser socorridos en nuestras necesidades. ¿Quién pues á vista de tanta necesidad y seguridad no irá derechamente á arrojarse á los pies de un Dios tan dulce y misericordioso? ¿quién nos puede amar mas que Jesucristo, que murió por noso-

tros, que nos alimenta con su carne y su sangre, que desea y solo aguarda que le roguemos para oírnos? ¿qué Cristiano puede tener temor ni desconfianza? Roguémosle pues en derechura, y pidamos á los santos, en especial á María, madre de misericordia, que ruegen por nosotros, y nos ayuden con sus oraciones.

Debo sin embargo deciros que, cuando la devocion á María se arregla en los términos que la Iglesia prescribe, es la mejor, porque la de Jesucristo no entra en cuenta; pues es de la mas estrecha obligacion, ó, por mejor decir, es la esencia y el fondo del cristianismo. ¿Quién puede dudar que esta Madre de misericordia, llena del espíritu de su Hijo, no se entenece vivamente por los que acuden á su proteccion? ¿y qué podrá negar este Hijo infinitamente piadoso á la criatura que mas ama, y en quien ha derramado con profusion sus gracias? Que María sea pues el objeto de vuestra continua veneracion y amor. Acogeos á ella en todas vuestras necesidades, sobre todo para obtener los bienes espirituales. Ella es la madre del amor hermoso, del temor filial y de la santa esperanza, y ella podrá procuraros estos bienes superiores á todos los del mundo; ella os asistirá en la vida, y yo me atrevo á aseguraros que experimentaréis su poderosa proteccion á la hora de la muerte.

Yo quisiera inspiraros tambien una veneracion particular á San Joseph. Si Dios escogió á María para su verdadera madre, escogió á Joseph para esposo verdadero de María, para su padre putativo, y le fió la

custodia y el cuidado de la madre y del hijo. ¡Qué títulos tan sublimes! ¡qué derechos para ser escuchado! No olvidéis á vuestro ángel de guarda; esta es la devocion general de todos los Cristianos que saben que es el amigo, el compañero que Dios les ha destinado, que les sirve, les guarda y pide continuamente por ellos á Dios, y que les asistirá en la hora de la muerte. Despues de esto escoged los que Dios os inspire; pero no olvidéis que todos estos no son mas que siervos que piden por nosotros, y que Jesucristo solo es el Señor á quien debemos dirigir todos los afectos y adoraciones de nuestro corazon.

La devocion cristiana, cuando es verdadera, es interior, y siempre reside en el corazon que ama sinceramente á Dios, y á los hombres por amor de Dios; en el corazon que está siempre pronto á obedecer sus mandamientos, y que solo espera en sus socorros y sus méritos. Sin embargo el buen Cristiano no debe contentarse con esta devocion interior, y debe declarar con actos exteriores los sentimientos de su alma. Esta obligacion nace tanto del respeto que debemos al prójimo como del que debemos á Dios, pues el que observe en nuestra conducta ó nuestros discursos algo que pueda desmentir esta idea podrá escandalizarse ó autorizarse de nuestro ejemplo para imitarle. No se puede concebir como un Cristiano pueda estar sin respeto en las iglesias: es tan contrario á la decencia como injurioso á la religion el verlos sin modestia en los templos, para pasar el tiempo, hablar de noticias, y tal vez de sus desór-

denes; no deberían presentarse sino con la compunción y la humildad de pecadores que van á implorar misericordia, y se presentan con la disipación y el aire de personas que van á divertirse, como los que van al teatro ó á las asambleas profanas.

Este desorden viene de que no están penetrados de la presencia de Dios, de que no reflexionan que no se va al templo sino para adorarle, hablarle y suplicarle; que el mismo Dios exige de nosotros redoblado fervor y respeto cuando asistimos á las santas funciones de la Iglesia, y sobre todo al incruento sacrificio de la Misa. ¡Qué escándalo tan repugnante es ver á tantos que en las procesiones en que acompañan al Señor, y están á su vista, lejos de seguirle con silencio y respeto, parece que no van sino para divertirse, y derramar los ojos por todas partes para ver y ser vistos, y en fin que no se juntan en la comitiva que sigue á Jesucristo, sino para insultarle y despreciar sus castigos! Por el contrario, ¡qué espectáculo tan edificante es el de los Cristianos que con el cuerpo y el corazón humillados manifiestan los afectos interiores de su alma con la modestia de su exterior, y parece que ven con los ojos del cuerpo todo lo que la fe enseña á los ojos del alma!

Aun me queda, señor, que hablaros de artículos muy importantes en la religión, y acaso los más necesarios; pues aunque todo lo que hemos dicho sean medios útiles y santos para evitar el mal, y practicar el bien, es tanta la flaqueza y fragilidad humana, que á pesar de todo cae y viola la ley. ¿Cuál fuera

fuera nuestra desgracia, si la misericordia divina no nos hubiera proporcionado socorros más poderosos, tanto para levantarnos como para fortificarnos en lo sucesivo? Este Dios lleno de bondad nos ha reservado medios eficaces con que podemos volver á entrar y crecer en su gracia, y en todos los derechos del bautismo. Tal es el sacramento de la penitencia, y además para fortificarnos el sacrificio de la misa con el sacramento de la eucaristía. Estos son los grandes tesoros de la religión, las fuentes inagotables de la gracia, tanto más excelentes y dignos de veneración, cuanto su divino Fundador los ha proporcionado á la capacidad de los pequeños é ignorantes, y á la de los grandes y de los sabios.

Lo que debe relevarlos más á nuestros ojos es el infinito precio de que están revestidos. Sin duda que las oraciones públicas y particulares pueden obtener mucho del Señor, pero es á proporción de la fe y de las otras disposiciones con que se hacen, pero en estos actos sublimes de la religión hay la ventaja de que, fuera de que cada uno recibe un precio proporcionado al grado de su devoción, tienen en sí mismos una santidad y un precio superior que nos añade muchas gracias. Por eso la Iglesia nos recomienda tanto el uso frecuente de los sacramentos. La razón es clara, porque sin ellos no se consigue la salvación, y porque ellos nos atraen poderosamente las bendiciones celestiales.

En efecto, señor, el Cristiano frágil que no supo conservar la gracia que recibió en el bautismo, y que

por la transgresion de la ley, de hijo de Dios que era se hace esclavo del demonio; el hombre que de heredero del cielo con Jesucristo se ve por sus pecados destinado á las penas eternas, no tiene otro remedio que lavar estas nuevas manchas en las aguas saludables de la penitencia. Esta es la única tabla que queda despues del naufragio. Pero, ¡qué misericordia de Dios! ¡qué consuelo para el hombre débil y miserable, que, siendo tan inclinado al mal, y sabiendo resistir tan poco, se le haya concedido este nuevo medio de redencion! La religion nos dice que á todo pecador que, con buena fe y determinado á corregirse, confiesa arrepentido sus pecados, Dios le abre todas las puertas de su misericordia, le perdona en el instante, y le recibe como un buen padre á un hijo arrepentido.

El garante de esta promesa es el mismo Dios, y fuera hacerle injuria, y no tener justa idea de un padre tan clemente, dudar de que nos haya perdonado despues de una confesion íntegra y sincera. Solo debemos desconfiar de nuestra propia flaqueza con el temor de que nos arrastre á nuevas faltas, y por esto debemos acogernos á una oracion frecuente, y servirnos de ella toda nuestra vida para obtener la gracia, sin la que nos seria imposible sostenernos. Pero debeis saber que Dios se complace caando nos ve arrepentidos; y le damos ocasion de perdonarnos, si volvemos á él con arrepentimiento verdadero, y con propósito eficaz de corregirnos. Esta idea debe restablecer la paz en el alma, y hacernos andar de nuevo en su presencia con inviolable fidelidad.

No solo este sacramento nos es necesario para recobrar la gracia, mas tambien nos es útil para conservarla, y crecer en virtudes; porque tiene dos fines principales: uno es hacernos adquirir la gracia que habíamos perdido, y el otro excitarnos á enmendar nuestros vicios pasados, facilitándonos el ejercicio de las virtudes contrarias. Pero, ¡cuántos hay que han tenido momentos favorables, en que, abriendo su corazon al dolor de sus pecados, los han confesado con el mas verdadero, y han podido persuadirse con razon de la bondad divina que se los habrá perdonado, y con todo eso no han conservado largo tiempo estos sentimientos, y han caido de nuevo! Hay mas confesiones que conversiones; y es mas fácil implorar la clemencia de Dios, que defenderse despues de la flaqueza humana. Hay otros, y estos son peores, que parece que se valen de su facilidad en perdonar para repetir sus desórdenes, como si el tribunal de la penitencia fuera un lugar de refugio para vivir en la iniquidad.

El remedio de estos males es velar sobre sí, y pedir á Dios continuamente que nos sostenga con su gracia; leer libros devotos, y asistir á sermones morales; escoger un confesor prudente, á quien tratemos como á un amigo de la mayor confianza, á quien demos cuenta del estado de nuestra alma, y con quien nos confesemos de nuestras culpas, aunque sean ligeras, para que nos aconseje en las tentaciones y peligros de la vida; porque fuera de los bienes que nos dará esta conducta dócil y obediente, el pecador debe saber

que, habiendo ofendido á Dios gravemente, no solo está obligado á velar sobre si con mas atencion, sino á producir frutos dignos de penitencia.

Este es el dictámen de los Santos Padres, que dicen que la vida de un Cristiano debe ser una continua penitencia, tanto para borrar los pecados antiguos, como para preservarse de los nuevos. La oracion, el ayuno, la limosna, la mortificacion y las obras de misericordia deben ser el estado habitual del que fue tan injusto que abandonó á su Dios para entregarse á sus pasiones. El esclavo que huyó de su amo, y que á su vuelta no recibe mas que halagos y caricias debe redoblar la fidelidad, y recompensar con la paciencia y mayor aplicacion á su trabajo el castigo de que se le ha dispensado por bondad.

Pero como, á pesar de nuestra razon, la naturaleza huye de todo lo que la puede hacer sufrir, Dios, viendo que nuestra flaqueza no nos permitirá hacer penitencias voluntarias para borrar nuestros pecados, y prevenir los nuevos, se digna por su misericordia de mortificarnos por si mismo. Con este fin nos envia las pestes, las guerras, los incendios, los pleitos, las pesadumbres, la pobreza, y mas que todo esa larga lista de enfermedades que afligen á los hombres. ¿Quién puede numerar todos los males á que estan sujetos? ¿y quién de nosotros no paga su tributo de dolor? El pecador envejecido en la iniquidad, y á quien sus remordimientos baldonan el desórden de su vida, debe saber que merece ser castigado, y debe aceptar con resignacion un castigo que él no hubiera

tenido la fuerza de imponerse, alegrándose de desquitar con él en este mundo una deuda que le hacia responsable á pagar en el otro con pena eterna.

Esta sumision voluntaria, esta resignacion filial á todas las adversidades, nos hace ver un órden admirable en todos los desórdenes aparentes que Dios permite en el mundo. Y esta virtud, una de las mas importantes de nuestra religion, es la que llamamos paciencia, hija, segun San Pablo, de las tribulaciones. El Cristiano debe sufrir, ó estar en intencion de sufrir por amor de Dios todo lo que le envia. Así lo han hecho y hacen todos los dias los santos que tienen un gefe que los anima con su ejemplo, y que con sus sufrimientos y dolores les ha enseñado á cargar su cruz. Sufrió el Señor por nosotros, dice San Pedro, para que marchemos siguiendo sus pasos. Es menester tener valor en las tribulaciones de la vida, y estar ciertos que cuanto mas suframos por amor de Dios, tantas mas recompensas recibiremos. *Dichosos los que lloran, porque serán consolados*, dice Jesucristo (1) para aliento de los afligidos.

Si nuestra fe fuera viva, conociéramos bien que las tribulaciones son el camino mas seguro de obtener recompensas infinitas, y nosotros seriamos los primeros á buscarlas. No hay pena, no hay trabajo que no sea ligero por amor de Dios, y hasta la muerte misma se hace agradable. El último motivo de nuestro consuelo es conocer que Dios sabe mejor lo que nos

(1) *Math.*, v, 5.

conviene para ser virtuosos, y salvar nuestras almas, por consiguiente que es locura murmurar de la Providencia. En efecto la esperiencia nos muestra que la prosperidad suele ser el principio de la prevaricacion, en vez de que la afliccion, humillándonos, y desengañándonos de los falsos bienes, nos hace acordar de Dios. La naturaleza corrompida quisiera que todo el camino del cielo estuviera sembrado de flores: dichoso el que acepta con resignacion todo lo que Dios le envia. No es mi asunto tratar ahora del sacramento de la penitencia, trataremos de esto cuando vos esteis en disposicion de hacer confesion general; entonces os explicaré las condiciones y requisitos que necesita tan grande accion. Pero me ha sido preciso hacer memoria de él para abrazar toda la idea ó el espíritu de nuestra religion.

Lo mismo digo del sacrificio de la misa. Esta es la accion mas santa, mas agradable y mas sublime para un Cristiano; este es el medio mas propio y eficaz con que puede dar á Dios el culto que le conviene y obtener gracias de su misericordia; esta es una accion á la que no se puede comparar ninguna otra, pues que ha sido instituida por el mismo Dios, y nos ha recomendado su ejercicio. La misa es una renovacion de la última cena que hizo nuestro divino Salvador cuando consagró el pan y vino, y distribuyó su cuerpo y su sangre á los apóstoles bajo las especies sacramentales, aquel mismo cuerpo que iba á entregar á los Judíos para que le atormentasen, y aquella misma sangre que habia de derramar por la remision

de los pecados. Entonces recomendó á los discípulos renovar la memoria de su pasion, diciéndoles: *Haced esto en memoria de mí*; y entonces instituyó este santo sacrificio y sacramento.

Sabemos que los apóstoles lo ejecutaron. San Pablo insiste sobre la pureza y devocion con que los Cristianos deben presentarse á la mesa del Señor, y los Actos de los apóstoles nos aseguran que se acercaban á ella con el mayor respeto y las mas vivas acciones de gracias. ¿Quién que ame su religion no pensará en los afectos en que se hubiera encendido, si hubiera tenido la dicha de asistir á este banquete celestial; y recibir de la propia mano de su Redentor su divino cuerpo y su preciosa sangre? ¿Hay muchos, decia San Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquía, que hayan visto con sus ojos el rostro y la persona de Jesucristo? Pues bien, siempre que vamos á la misa; y participamos de la santa Eucaristía, le vemos realmente en el sacramento. No solo nos permite gozar de su presencia con los ojos de la fe, sino tocarle y recibirle en nuestros corazones. ¿Qué sentimientos no debe producir en nosotros la idea de que está allí tan presente como lo estaba en la última cena con sus discípulos!

La misa es tambien una conmemoracion de su pasion, que fue el último esfuerzo de su amor á los hombres. El apóstol nos dice: Siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga á juzgarnos. Por eso el Cristiano que asiste á misa debe tener á la vista el

grande espectáculo del calvario, ver á su Salvador espirando en la cruz, y derramando su sangre por rescatarnos. Pero la misa contiene las dos principales acciones del Hijo de Dios, la una como eucaristia en cuanto nos da este pan celestial que alimenta nuestras almas y las sostiene en la virtud, y la otra como sacrificio para borrar todos los pecados que la fragilidad nos hace cometer, aplicándonos los méritos de Jesucristo, cuando estamos bien dispuestos para recibirlos; y ve aquí porque es el mas augusto, importante y útil de los actos cristianos, tanto para adorar á Dios del modo mas perfecto, como para implorar las gracias necesarias para no ofenderle, y conseguir el perdón de nuestras antiguas culpas, y porque es tambien el medio mas propio para dar gracias á Dios de sus beneficios.

Para comprender el fruto que se puede sacar de la misa hasta considerar cual es su mérito. Es el único y verdadero sacrificio de los Cristianos, y, como hemos dicho, renovacion del inefable sacrificio que ofreció á Dios Jesucristo cuando dió en la cruz su vida por los hombres. Desde el principio del mundo ha habido sacrificios; en todo tiempo los hombres han dado la muerte y ofrecido á Dios corderos, cuadrúpedos y volátiles. Era como un tributo que se pagaba á su soberano poder de todo lo que existia, y este sacrificio y oblacion que se hacia á Dios de los animales era un simbolo que representaba la disposicion del hombre á sacrificarlo todo, hasta su propia vida, por agradarle y aplacarle. Los Gentiles tenian tam-

bien sus sacrificios, y era tradicion universal que este era el único modo de hacer propicia la Divinidad.

Pero el apóstol, y con él los Santos Padres, nos han advertido que aquellos sacrificios hechos por los hijos de Adán y por los Judíos no eran mas que sombras y figuras de este sacrificio de amor que estaba preparado. Era necesario que Jesucristo, que estaba representado por el cordero que los Judíos mataban y comian en su Pascua, se ofreciese él mismo á la muerte para rescatarnos del pecado, y restituirnos al derecho que habíamos perdido de la gloria. Los profetas habian predicho que aquellos sacrificios sangrientos cesarian, reemplazados por otro mas puro y mas espiritual. David habia anunciado que el Mesías seria sacerdote segun el órden de Melquisedech, esto es, segun el órden de aquel sacerdote rey que no ofrecia á Dios animales degollados, sino pan y vino; y Jesucristo se sirvió del pan y del vino para trasustanciar uno y otro en su cuerpo y su sangre. El animal que se ofrecia á Dios en los antiguos sacrificios se llamaba holocausto, hostia ó víctima, y el Hijo de Dios, que se encarnó y se hizo hombre, se ofreció á Dios en la cruz, como víctima sin mancha, por nosotros. Desde entonces no ha dejado de serlo, y lo será mientras el mundo exista, y mientras los sacerdotes de la nueva ley consagren con las especies de pan y vino.

Era tambien uso en los antiguos sacrificios que aquel que daba la víctima tenia el derecho de participar, comiendo una parte en señal de que el sacrificio

era suyo , y para obtener por él las gracias que pedía. Y por eso en este nuevo sacrificio del altar , en que Jesucristo se ofrece por víctima á su eterno Padre , ha permitido á todos los fieles que puedan participar de la víctima , y comer y beber el cuerpo y la sangre que sacrificó en el Calvario y ofrece de nuevo por ellos. Esta es señal de que el sacrificio se ofreció por ellos.

Este corto número de verdades debe hacernos ver lo admirable y divina que es la santa misa. ¡ Con qué devocion se debe celebrar y oír ! En cualquier lugar que esté el sacramento , sea en el tabernáculo , sea en el altar , sea que se le lleve en procesion ó en viático , le debemos contemplar en su trono de misericordia , le debemos adorar y pedirle sus gracias ; en todas estas circunstancias podemos esperar obtenerlas , y conseguir poderosos socorros para el arreglo de nuestra vida , pero en ninguna de ellas hay la ventaja que se encuentra en la misa ; porque en todas estas circunstancias la accion del Cristiano que se dirige á Jesucristo no tiene mas mérito que el del fervor y devocion del que suplica , lo que los teólogos llaman *ex opere operantis* ; pero la misa tiene en sí misma un mérito intrínseco que se aplica al Cristiano bien dispuesto que la oye , y al ministro que la celebra , *ex opere operato*.

Sin duda que la buena disposicion de uno y otro es necesaria para adquirir el fruto y dar gracias á Dios de los beneficios recibidos , y obtener nuevos ; pero la adquisicion de estas gracias se debe á la virtud y

fuerza ó eficacia del incruento sacrificio por sí mismo , porque el Hijo de Dios le ha destinado especialmente para aplicar sus méritos infinitos á los que le celebran dignamente. Y si los sacrificios de la ley antigua , que no eran mas que figuras de la nueva , eran un manantial inagotable de gracias , ¿ qué no deben esperar los Cristianos que ofrecen á Dios , Criador de la naturaleza , no víctimas sangrientas de animales , sino á su Hijo único y muy amado , al cordero sin mancha , por quien todas las gracias se obtienen , y cuya sangre es tan preciosa , que una gota sola basta para borrar los pecados de millares de mundos ?

Aunque es verdad que no se puede ofrecer á Dios hostia mas santa y agradable , y por consiguiente es en sí misma de valor infinito ; pero su valor en cuanto se aplica al Cristiano es mas ó menos limitado , segun su disposicion particular , y la aceptacion que Dios se digna hacer. En primer lugar participa la Iglesia ó la universalidad de los fieles , por los cuales se ofrece á Dios , despues los muertos á quienes alivian las oraciones de los vivos. La Iglesia lo cree así , fundada en la tradicion de los siglos y en el libro de los Macabeos. Es cierto tambien que participan aquellos que el sacerdote nombra , ó á quienes tiene intencion de aplicarla , aun cuando no estuvieren presentes , si se hallan con las disposiciones necesarias. Cuál sea la medida de gracias que cada uno reciba es un secreto que Dios se ha reservado. El tesoro es infinito , pero depende de su aceptacion ; lo que nos importa saber es que no hay ruego ni oracion que reciba mas favorablemente que el sacrificio del altar.

No solo los justos estan obligados á asistir, sino todos los fieles los dias de fiesta, aunque se reconozcan culpados de pecados graves. Pues aunque es verdad que la misa no confiere la gracia que santifica al que la ha perdido, y que, segun el concilio de Trento, este efecto pertenece al sacramento de la penitencia, con todo el pecador que asiste con respeto y compuncion, aunque indigno de ofrecer víctima tan santa, puede pedir y esperar gracias que le exciten al arrepentimiento, y le conduzcan al sagrado tribunal. Esta oracion hecha con sinceridad es por lo ordinario oida, y una vez que se rompen las cadenas del pecado las gracias vienen con mas abundancia.

Como la misa es un sacrificio de propiciacion, si no borra los pecados mortales, nos merece el perdon de los veniales, si los detestamos sinceramente. Añadid á esto las gracias espirituales y temporales que podemos haber menester en nuestras necesidades ó desgracias, y aquel inefable sacrificio nos las adquiere, con tal que nuestra oracion no tenga por principio al amor propio, sino el deseo de santificarnos y de servir á Dios con todo el ardor de que somos capaces. Todas estas verdades estan indicadas en las mismas oraciones de la misa.

Pero hay gran diferencia entre los que solo asisten á la misa y los que participan de la santa mesa. Los primeros, cuando estan sin culpas mortales, y sin amor á las veniales, y cuando se unen en espiritu con devocion al sacerdote, reciben muchos bienes, y pueden por un acto particular pedir á Dios que se les apliquen

los méritos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que no tienen la dicha de recibir, y esto se llama comunión espiritual. Esta accion hecha con recogimiento, devocion y deseo es muy útil.

Pero la comunión sacramental es el mayor tesoro de las gracias, pues el Cristiano recibe en ella el cuerpo y la sangre de su Salvador. Esta comunión, indispensable en el celebrante para consumir el sacrificio, es el canal por el cual se comunican todos sus frutos á los fieles. No hay alimento mas sólido ni mas propio para sostenerlos en el difícil camino del mundo. Si los santos, si los religiosos pueden preservarse del pecado, si resisten á las tentaciones, si sus acciones son agradables á Dios, todo lo deben á este pan de vida, que sostiene su natural flaqueza, y pueden esperar que la sostendrá hasta el fin, pues el mismo Señor les ha dicho que quien come este pan vivirá eternamente.

Pero esto basta ahora en cuanto á la penitencia, misa y comunión. Cuando llegue el momento de ejecutar estos actos, los mas sublimes de la religion, podremos hablar mas espresamente de cada uno en su lugar. Ya os he dado un idea general de la religion, y no creo haber dicho todo lo que pudiera. El tiempo y las circunstancias me darán ocasion de desenvolveros sucesivamente lo que será necesario, y espero que la gracia del Señor y la lectura de los libros buenos os acabarán de enterar de todo.

Pero pues me habeis dicho que ya sabeis de memoria las cosas importantes que os he recomendado,

os suplico las repitais conmigo... Yo, Teodoro, no dejé de turbarme con esta no esperada proposición; pero procuré volver en mí, y recogerme. Después de alguna reflexión comencé á decirlas, y las dije seguidas y sin detenerme en nada. El padre me dijo: ya las sabeis bien, y podemos empezar nuestros ejercicios. El otro día os dije que nuestro primer acto debe ser renovar los votos del bautismo, para que volváis á entrar en el seno de la Iglesia nuestra madre, que para esto era necesario decir con fe y devoción el *Credo*, que es el símbolo de los apóstoles, ó la protestación de la fe cristiana.

Esta acción, señor, es muy seria, y debe ser de nuestra parte muy solemne; porque por un lado pedimos á Dios perdón de haber desertado de su Iglesia después del inefable don de habernos hecho nacer en su seno, y de habernos lavado con el agua sagrada de la regeneración, y por otro, detestando la apostasía, debemos renovar á Dios los juramentos que hicimos, y protestarle nueva fidelidad, con promesa de observarla mejor.

Ya veis, señor, que este acto es grande, que es un nuevo empeño, que vamos á tratar con Dios, y pedirle que oya nuestros votos, que nos reciba en su seno, y que nos trate con misericordia; y aunque Dios está en todas partes por su inmensidad, y nos oye en todo lugar, la Iglesia quiere que los actos de religión se hagan cuando se puede en los lugares consagrados por ella al ejercicio de su culto. Esta es al casa de oración, el santuario en que da el Señor su

audiencia, y donde escucha con mas favor los suspiros de un corazón arrepentido.

Nosotros tenemos, señor, en el lugar destinado á enterrar los muertos de esta casa, y donde sus cuerpos esperan la resurrección general, una capilla en que les hacemos los últimos oficios. Allí se ve una imagen venerable del Señor crucificado, á quien consagramos las oraciones que hacemos por ellos. Los vivos van también cuando entre aquellas cenizas quieren renovar la idea de la muerte, ó cuando fuera de los actos comunes quieren particularmente consolarse con su Dios. Este lugar es solitario, y mañana, si me lo permitis, os llevaré á él á la hora que creamos no habrá nadie, y podemos ejecutar allí lo que deseamos.

Mi fin es recibiros en nombre de la Iglesia, y admitiros en su seno, porque hasta ahora no estais en él. Vos os habeis escludido vos mismo, y no gozais de los dones que el cielo distribuye por su mano. Vos no participais del fruto de las oraciones que ella hace por los fieles, pues no estais en su comunión; pero al instante que por vuestro arrepentimiento y vuestro ruego entreis en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los Cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno; y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa pura y querida, en que estan unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre que estaba obediente á todo lo que

disponia, y que me hallaria pronto á seguirle, y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendaos esta noche á Dios, llamad á María su madre, á San Joseph y á vuestro ángel de guarda; pedidles que asistan á este acto solemne en que vais á consagraros á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el dia mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guia á la eterna felicidad. El padre se fue, y yo, Teodoro, quedé esperando este dia, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. A Dios, Teodoro, hasta mañana.

CARTA XX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: Antes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y estraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me paseaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño, otras que no le podria sostener, en fin me encontraba rodeado de incertidumbres y ansiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó; su aspecto religioso, y este caracter de santidad que estaba gravado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para desterrar mis irresoluciones; esperimé un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo ví una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que, segun me dijo, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imágen de un grande Crucifijo, colocado en un altar que se veia en el centro. La vista súbita de esta imágen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me conmovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no